

## **V Domingo de Cuaresma (Año A)**

**Monasterio de San Benito, Talavera de la Reina, 26.03.2023**

*Lecturas: Ezequiel 37,12-14; Romanos 8,8-11; Juan 11,1-45*

El Evangelio de la resurrección de Lázaro que hemos escuchado es famoso por el extraordinario milagro que describe. Jesús no resucitó sólo Lázaro durante su ministerio: también devolvió la vida al hijo de la viuda de Naín justo cuando lo llevaban al sepulcro, o a la hija de Jairo, que acababa de morir y seguía estando acostada en su cama. Lázaro, en cambio, estaba en estado de descomposición, enterrado ya desde hacía cuatro días. Un milagro, pues, evidente, imposible para el hombre, sólo posible si la intervención de Dios se manifestaba en Jesús.

Y, sin embargo, Jesús mismo, en esta página del Evangelio, más que a la resurrección de Lázaro, parece querer dar importancia a otro fenómeno, que no concierne sólo a Lázaro o a sus queridas hermanas, sino que concierne a todos, incluidos nosotros. Jesús, en todo este episodio, da la máxima importancia a la fe, subraya nuestra fe, se preocupa esencialmente de que en Marta y María, en la gente que estaba junto al sepulcro y en todos nosotros, nazca y viva la fe en Él.

Para Jesús, nuestra fe es tan importante que, precisamente para ayudarnos a creer, retrasa su llegada al amigo enfermo, lo deja morir, espera a que lo entierren y empiece a descomponerse. Jesús quiere ayudar a todos a reconocer lo extraordinario, lo divino, que es su presencia, y cómo manifiesta la venida de Dios al mundo para amarnos y salvarnos.

La emoción de Jesús, su compasión por el dolor de las hermanas de Lázaro, su llanto ante el sepulcro, manifiestan su inmenso amor por la humanidad sufriente y mortal, por la humanidad que desde el pecado original sufre la enfermedad, sufre la muerte, llora la pérdida de sus seres queridos. La compasión de Cristo por la miseria humana manifiesta la infinita misericordia de Dios que no descansa hasta que Él va en persona a buscar a la oveja perdida y la devuelve a una vida de comunión con Él. Tener fe significa creer en esta venida llena de compasión, significa creer en el amor de Dios, en su pasión por la vida humana. Por eso, la fe es la verdadera resurrección anunciada en este Evangelio. La fe no es sólo la resurrección de Lázaro: la fe en el amor de Dios es la resurrección de toda vida, de todo corazón, de toda relación humana, de todo lo que es humano y que muere y se descompone si no se abre, como la tumba de Lázaro, a la venida del Salvador.

Toda esta larga página del Evangelio nos habla de la resurrección de la fe. A los discípulos, cuando aún no había partido para Betania, Jesús les dice: "Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, *para que creáis*" (Jn 11,14-15).

Luego está el magnífico diálogo con Marta, todo centrado en la fe en Él: «"Yo soy la resurrección y la vida; *el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?*" Ella le contestó: "Sí, Señor, *yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo*".» (11,25-27).

Luego, de nuevo a Marta, cuando duda en hacer abrir el sepulcro porque Lázaro ya huele mal: "¿No te he dicho que *si crees* verás la gloria de Dios?" (11,40)

Incluso en su oración al Padre, Jesús revela que lo que le importa, por encima de todo, es nuestra fe: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, *para que crean* que tú me has enviado." (11,41-42)

Y es en la fe de la gente que vio el milagro donde el episodio alcanza su punto culminante: "Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho, *creyeron en él*." (11,45)

Sí, la culminación de la misión de Jesús, del Hijo de Dios que vino al mundo para amarnos como a un amigo entrañable, hasta llorar por aquello que disminuye o quita la vida, la culminación es la fe, creer en Jesucristo, creer que sólo Él es el enviado del Padre.

Lázaro, después de esta resurrección, volverá a morir, y todos los hombres mueren. Pero si nace o resucita en nosotros la fe en Cristo, hay en nosotros una semilla de vida eterna que nada, ni siquiera la muerte, podrá apagar. Porque la fe nos abre, nos une, nos enlaza para siempre a Aquel que es la resurrección y la vida de nuestra vida, a Aquel que hace que incluso nuestra muerte sea un nacimiento a la vida eterna. Quien cree en Cristo, comienza a vivir la vida eterna con Él, y ningún sufrimiento o miseria humana puede vencer la fuerza del amor del Padre que en el Espíritu Santo viene a nosotros para darnos la resurrección y la vida en Cristo resucitado.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*